

lo que parece. Nuestros recursos han sido hasta aquí muy escasos, pues el estado de la Hacienda entorpece la marcha de los negocios, y aunque para todo hay remedio, debe tenerse en cuenta que esto no es obra de un momento. Al gobierno no se le oculta cuál es el mérito de los oficiales y cuántos sacrificios hacen, y desea para ellos una compensacion, pero no es necesario observar mucho para convencernos de que los medios de que ahora dispone son muy limitados.

» Algunos Estados han procedido de la manera mas generosa que les era posible, y si otros no pudieron imitarles, debe ser seguramente por alguna causa particular que á no dudarlo desaparecerá con el tiempo. La paciencia y perseverancia del ejército en todas ocasiones son cualidades que no pueden menos de honrarle, tanto en el pais como fuera, y esto siempre me inspiró una ciega confianza en sus virtudes, lo cual me ha consolado en medio de los disgustos y reveses de fortuna á que tanto yo como los demás nos debiamos ver espuestos en la presente lucha.

» Ahora que estamos á punto de llegar al fin que nos proponiamos, de tal modo que no pueden defraudarse nuestras esperanzas á menos que abandonáramos de una manera vergonzosa nuestros intereses, un cambio de conducta podria producir un cambio de principios y acaso el olvido de lo que nos debemos á nosotros mismos y al pais. Si yo creyera que tal cosa podia suceder seria indecible mi disgusto y mi pena, considerándome herido en mi honor, que aprecio tanto como el de todo el ejército. Pero esto me parece imposible; cualquier cuerpo de nuestras tropas que pensara sentar tal precedente, pesaria muy bien antes las consecuencias, y estoy seguro que ningun oficial de algun

discernimiento y buen criterio se atreveria á ello. Y aun cuando algunos quisieran dar semejante paso aisladamente, ¿no sentirian luego haberse puesto en evidencia ante el resto del ejército bajo un punto de vista tan mezquino? Y dado el caso de que los demás siguieran su ejemplo, ¿cómo se consolarian luego de haber causado la ruina y la desgracia de nuestro pais? Seguramente no podrian menos de recordar que por su culpa habia recaido un padron de ignominia sobre todo el ejército y que el carácter de un oficial americano seria entonces tan despreciable como glorioso es ahora.

» Confieso que las apariencias no son favorables en este caso, pero á mi ver suponen mas de lo que en efecto hay. Los oficiales de Jersey se distinguieron siempre como ciudadanos y como soldados y yo confio que ninguno de ellos es capaz de hacer cosa alguna que pueda ser una mancha para su intachable reputacion. Esos caballeros no tratan seriamente de hacer lo que dicen; han elegido mal los medios de llegar á un buen fin, pero yo me lisonjeo de que si reflexionan un poco renunciarán á dar un paso tan impropio.

» Al empezarse la campaña, precisamente en el momento de recibir órdenes de marcha para un importante servicio y cuando su honor, sus deberes al pais y á sí mismos y su consideracion militar les imponen graves obligaciones que cumplir, no es de creer que esos oficiales persistan en semejante idea, pues se ofenderia su delicadeza solo al pensar que pudiera creerse que trataban de dictar órdenes á su pais, aprovechándose del apuro del momento.

» La declaracion que han hecho al Estado en tan crítico momento, al manifestar que á menos que se atienda á sus reclamaciones en el término de tres dias presentarán la dimi-

sion de sus cargos, no puede seguramente inducir á creer otra cosa de lo que digo.

» Espero pues que participareis mi opinion á esos caballeros, tratando de hacerles comprender su error, pues el servicio que debe prestar su regimiento no admite la menor dilacion, puesto que las tropas deben ponerse en marcha en la mañana del lunes con direccion al campamento. Yo confio ciegamente en que no se dejará de obedecer esta orden.»

Al tener conocimiento de la carta, los oficiales no desistieron de sus reclamaciones, pero continuaron en el servicio, si bien espusieron en una manifestacion dirigida al comandante en jefe, «que sentian darle un motivo de disgusto, pero que las solicitudes elevadas á la legislatura no habian sido atendidas.» Hé aquí cómo terminaba dicho escrito:

«La razon y la esperiencia nos inducen á no confiar en el Congreso. Entre nosotros son muy pocos los que poseen fortuna, y muchos los que teniendo familia son víctimas de la ingratitud de su pais. ¿Hemos pues de sufrir todos los contratiempos, las fatigas y peligros de una vida militar mientras que nuestras mujeres é hijos carecen de lo mas necesario, sin que haya esperanza de una recompensa, y cuando nuestra paga es solamente nominal? Seguros estamos de que V. E. no desea una cosa como esta.

» Sentimos infinito penseis que tratamos de desobedecer vuestras órdenes, porque es nuestra intencion, y siempre lo ha sido, marchar con el regimiento y cumplir con nuestro deber hasta tanto que la legislatura nombre los oficiales que habian de reemplazarnos.

» Aseguramos á V. E. que siempre hemos apreciado su valor y sus virtudes, que siempre hemos cumplido sus órdenes con el ma-

yor gusto y que amamos á nuestro pais; pero cuando este olvida todo sentimiento de virtud y de justicia y no recompensa debidamente á sus servidores, deber de ellos es retirarse del servicio.»

El terreno en que se colocaban los oficiales con esta justificacion exigia que se adoptasen eficaces medidas, pero al mismo tiempo no era posible acceder á su demanda, y por lo tanto Washington limitóse á contestar á los oficiales por conducto del general Maxwell, «que mientras cumpliesen con su deber no olvidaria sus servicios.» Entonces la legislatura de Nueva-Jersey trató de adoptar algunas medidas en beneficio de las tropas, lo cual bastó para que los oficiales retirasen su esposicion y continuaran en sus puestos.

Olvidadas las dificultades que podrian resultar de la resolucion adoptada por los oficiales de Jersey, merced al tacto y prudencia de Washington, aprovechó éste la ocasion para escitar al Congreso á que atendiese á las reclamaciones de los oficiales del ejército, haciendo presente que la miseria de algunos llegaba á tal punto que pedian se les concediese aunque no fuera mas que el equipo de los soldados. A esto añadia Washington: «Yo no he accedido á esta demanda porque conozco que el deber y el honor les sostendrá hasta cierto punto, pero no dudo que el Congreso, teniendo en cuenta la justicia de la reclamacion, me dispensará por insistir en que sea atendida.»

Los miembros del Congreso, por otra parte, no estaban acordes respecto á la organizacion de la milicia, pues mientras unos, conformándose con el parecer del comandante en jefe, optaban por un ejército permanente, otros, temiendo que con esto peligraran luego sus libertades, preferian que se hicieran alistamientos cortos por períodos que no

escedieran de un año. A causa del diferente aspecto que iban tomando los negocios públicos y por el frecuente cambio de los miembros que componían la legislatura nacional, tan pronto predominaba una opinión como otra, y sentimos decir que los esfuerzos de Washington no fueran suficientes para que se adoptase desde luego una sabia y prudente política.

En aquella época no solo estaba mal equipado el ejército americano, sino que también carecía del alimento suficiente, en razón á que en los años de 1779 y 1780 fueron las cosechas muy pobres. Los trabajos de la agricultura se habían interrumpido con frecuencia para atender á la guerra; el valor del papel moneda había bajado tanto que no bastaba para pagar los productos de la tierra, y tales eran los apuros del ejército, que Washington se vió en la precisión de llamar á las primeras autoridades de los condados para que cuidasen de facilitar víveres en cierto número de días. En algunas ocasiones fué necesario enviar destacamentos para que exigieran las provisiones con la punta de la bayoneta, pero al fin no se pudo recurrir á este expediente porque al pueblo no le era dable facilitar mas auxilios, y además estas violencias no solo perjudicaban á la moral y disciplina del ejército sino que predisponían el ánimo de los ciudadanos. El auxilio que hasta entonces prestaran al comandante en jefe, era debido al buen tratamiento que recibían de sus conciudadanos, comparado con el de los ingleses, y por lo tanto Washington, á quien el pueblo miró hasta entonces como su protector, se veía ahora en la dura alternativa de licenciar sus tropas ó sostenerlas por medios violentos. El ejército le pedía víveres, los habitantes protección, y atender á estas dos cosas, era punto menos que imposible, pues si ofrecía difi-

cultades conservar el orden y disciplina con un ejército como el de Washington aun estando bien alimentado, pagado y vestido, mucho mayores eran aquellas no suministrándole lo preciso para atender á las primeras necesidades de la vida. En medio de estas graves dificultades, no solo consiguió Washington conservar el ejército, sino que se condujo con tal prudencia que mereció tanto la aprobación de aquel como del pueblo.

Nada importante podía intentarse con un ejército tan desprovisto de todo y tan escaso en fuerzas, pues no escedía de trece mil hombres, en tanto que los ingleses, perfectamente fortificados en Nueva-York y Rhode-Island, contaban con diez y seis ó diez y siete mil, apoyados por una poderosa flota que dominando las costas y los ríos facilitaba el medio de concentrar las fuerzas en cualquier punto dado, antes que los americanos pudiesen evitarlo.

Esta disparidad se notaba mas particularmente en las cercanías del Hudson: las divisiones de ambos ejércitos estaban con frecuencia apostadas en cada una de las orillas de aquel magnífico río, y mientras que los ingleses podían cruzar directamente á fin de unir sus fuerzas para cualquiera empresa, á los americanos no les era posible hacer lo mismo sin dar un gran rodeo para evitar el encuentro del enemigo.

Conservar á West Point y sus dependencias debía ser el primer objeto de Washington, y á fin de conseguirlo, fué preciso negarse á la petición de los estados vecinos que solicitaban se les enviara grandes destacamentos de tropas del ejército continental para la defensa de sus respectivos territorios. Washington sabía muy bien que subdividiendo sus fuerzas en pequeñas partes, corría el riesgo de que las destruyese el enemigo fácilmente.

El día 1.º de junio, Clinton hizo un movimiento hácia la parte superior del Hudson con el objeto de atacar las obras de los americanos en Stony Point, situado frente á Verplanck's Point. Dicha disposición era muy fuerte, pero aun no estaban concluidos los trabajos, y por esta razón tuvieron que abandonarla los americanos, siéndoles además imposible defender el fuerte Lafayette, cuya guarnición tuvo que rendirse como prisionera de guerra cuando Clinton atacó dicho fuerte. Acto continuo se mandó concluir las fortificaciones de ambos puntos, poniéndolos en estado de defensa. Viendo Clinton que Washington estaba alerta y que era inútil emprender nada contra West Point, volvió á Nueva-York y se dispuso á obedecer las instrucciones que había recibido para llevar la destrucción á las ciudades marítimas de Connecticut como se hiciera antes en Virginia. Sir Jorge Collyer, con el necesario número de buques de guerra y transportes, y el gobernador Tryon á la cabeza de dos mil seiscientos hombres dirigidos por el general Garth, que mandaba como segundo jefe de las fuerzas de tierra, fueron los encargados de aquella expedición, y mientras hacían los preparativos de marcha, circuló entre los habitantes de Connecticut un manifiesto con fecha 4 de julio, en el cual se les invitaba á que aceptasen la alianza, prometiéndoles en cambio protección para sus personas y bienes, pero amenazando á los que no se sometieran. Este manifiesto era inoportuno é inconveniente, porque en vez de dejar á los habitantes la libertad de elección después de consultarse entre sí, empleábase amenazas antes que el pueblo tuviera el tiempo de pensar lo que le convendría.

Las tropas desembarcaron el lunes 5 de julio; las que mandaba Tryon en East Haven y las que estaban á las órdenes de Garth en

West Haven. Estas últimas marcharon á New-Haven, á donde llegaron entre doce y una después de haberse visto muy hostigadas en el camino por la milicia, pero las tropas se apoderaron luego de la ciudad, cuyos habitantes, salvo algunas excepciones, fueron saqueados por la soldadesca. Tanto á los Whigs como á los Tories les quitaron sus joyas, su dinero y demás efectos de valor, y los invasores destruyeron hasta los muebles que no pudieron llevarse, haciendo lo propio con todos los géneros de la India que allí encontraron. En medio de aquella escena de confusión cometieron toda clase de abusos, pero como la milicia empezaba á reunir considerables fuerzas, retiráronse repentinamente las tropas á la mañana siguiente y tan embriagadas iban, que no pensaron siquiera en quemar una sola casa, si bien después pegaron fuego á unos cuantos almacenes en el muelle. En East Haven, donde mandaba Tryon en persona, los invasores quemaron varias casas y mataron el ganado; mas llegada la tarde, era tan numerosa la milicia, que Tryon se vió precisado á retirarse, y seguido de la flota marchó por la noche en dirección á Fairfield. Las tropas desembarcaron en este punto á las tres de la tarde del miércoles, pero como la milicia había tenido algún tiempo para reunirse, el gobernador Tryon envió un parlamentario á Whiting, jefe de aquella, dándole una hora de tiempo para que contestara al manifiesto si quería salvar la ciudad. El coronel replicó lo siguiente en nombre de los habitantes: «Las llamas han precedido á vuestro mensajero, y nosotros nos resistiremos mientras sea posible á la injustificable invasión de nuestros enemigos;» fechado en 7 de julio á la puesta del sol. Durante aquella noche y la mañana siguiente los ingleses saquearon la ciudad, reduciéndola luego á cenizas, y

despues quemaron otros varios edificios de importancia que se encontraban en el espacio de dos millas á la redonda limitado por Green-farms. Hecho esto y como la milicia empezase á reunir mas fuerzas que en New-Haven, los ingleses cruzaron por Sound en direccion á la playa de Long-Island, y una vez en aquel punto, se embarcaron para Fairfield. El número de muertos y heridos á consecuencia de aquellas escursiones fué muy considerable, pero la lista de los edificios y casas destruidas por el incendio es una cosa que aterra; héla aquí: en Norwalk dos templos, ochenta casas de particulares, ochenta y siete graneros, veinte y dos almacenes, diez y siete tiendas, cuatro molinos y cinco buques; en Fairfield, dos iglesias, ochenta y dos casas, cincuenta y cinco pajares ó graneros, quince almacenes y quince tiendas, y últimamente en Green-farms un templo, quince casas, once graneros y varios almacenes además de los que se quemaron en New-Haven y East Haven (*).

Mientras que los ingleses se ocupaban en tan funestas expediciones, Washington, despues de reconocer personalmente á Stony Point, resolvió intentar un atrevido golpe para tomarlo por asalto y al efecto confió el mando de una expedicion á un intrépido oficial á quien se habia dado el extraño sobrenombre de *Mad Anthony* Wayne. Este jefe, á la cabeza de su destacamento compuesto de mil doscientos hombres de infantería ligera, anduvo catorce millas, y llegando á las inmediaciones del fuerte á las once de la noche del 16 de julio, hizo sus preparativos para el asalto, y dispuso que toda su tropa avanzara en silencio con los mosquetes descargados y la bayoneta calada. Solo un

(*) *Historia de la Revolucion americana*, por Gordon, vol. II, págs. 433-38.

soldado desobedeció este mandato, y como persistiese en cargar su arma á pesar de habersele dado la orden por segunda vez, un oficial le atravesó con su espada de parte á parte, pues era indispensable la obediencia en tan crítico momento, porque un solo tiro hubiera bastado para convertir la victoria en una derrota ó en una espantosa carnicería. Combinado el plan, ciento cincuenta voluntarios á las órdenes del teniente coronel Fleury, oficial francés, formaron la vanguardia de la columna derecha y otros cien al mando del mayor Stuart compusieron la de la columna izquierda, precediendo á cada una de ellas una avanzada de veinte hombres escogidos al mando de los tenientes Gibbon y Knox, que no tenian mas encargo que allanar el camino para el paso de los soldados. A eso de las doce y cuarto avanzaron al asalto las columnas, y tal fué la impetuosidad de las tropas, que á pesar del terrible é incesante fuego de mosquetería y de los cañonazos que disparaba el enemigo, forzaron el paso á bayonetazos venciendo cuantos obstáculos se opusieron de tal modo que ambas columnas se encontraron casi al mismo tiempo en el centro de las obras del enemigo. El coronel Fleury fué el primero que penetró en el fuerte y se apoderó del estandarte británico en tanto que el mayor Posey gritaba: *¡El fuerte es nuestro!*

Terminado el combate, el general Wayne escribió al comandante en jefe dándole cuenta de la valerosa conducta de los oficiales y soldados, haciendo particular mención del teniente coronel Fleury, del mayor Stuart, del coronel Butler y de otros varios por su arrojo é intrepidez. El teniente coronel Hay fué herido en lo mas recio de la pelea y el mismo Wayne quedó contuso, pero pudo entrar en el fuerte con auxilio de sus ayudantes y al frente de sus tropas. Como á los ver-

daderos bravos les gusta siempre distinguirse por observar estrictamente las leyes de la generosidad con los vencidos, las tropas americanas trataron á sus prisioneros con una bondad que contrastaba con la conducta que observaran los ingleses en ocasiones semejantes, puesto que ningun prisionero tuvo el menor motivo de queja despues de la rendicion. En prueba de esto basta decir que los ingleses solo perdieron ciento cincuenta hombres entre muertos y heridos, en tanto que las tropas continentales tuvieron quince de los primeros y ochenta y tres de los segundos, si bien hicieron quinientos cuarenta prisioneros, entre los cuales se encontraba el coronel Johnson y otros varios oficiales. Es de notar que de los veinte hombres que formaban la avanzada al mando del teniente Gibbon, diez y siete fueron muertos ó heridos.

En la carta que escribió Washington al Congreso dándole cuenta de este hecho de armas, ensalzó la conducta de todos los oficiales y soldados, pero particularmente la de aquellos que mas arriesgaron su vida en la accion. Al hablar de los tenientes Gibbon y Knox, jefes de la avanzada, decia que habian hecho todo cuanto era humanamente posible, y respecto al general Wayne expresábase en los siguientes términos: «La conducta que ha observado en tan árdua empresa merece en alto grado la aprobacion del Congreso, porque despues de aprobar el plan recomendado por mí, lo llevó á cabo de un modo que honra tanto á su pericia como á su valor, y prueba de ello es que en el momento crítico del asalto y á pesar de sentirse herido de un balazo, continuó al frente de sus tropas con heroica firmeza.» Washington anunciaba además que se habian cogido dos banderas pertenecientes á la guarnicion y dos estandartes al regimiento

número diez y siete. Al tener conocimiento de este hecho el Congreso dispuso que se acuñara una medalla de oro conmemorativa de la accion para el general Wayne, y otras dos de plata para el coronel Fleury y el mayor Stuart. Los tenientes Gibbon y Knox recibieron el nombramiento de capitanes y se mandó repartir entre los soldados el valor del botin de la manera que juzgase mas oportuna el comandante en jefe (*).

Apoderarse del fuerte Lafayette formaba tambien parte del plan, y en su consecuencia pusieron en marcha con este objeto dos brigadas al mando del general M' Dougall, quien tenia la orden de atacar tan pronto como supiera que el general Wayne era dueño de Stony Point; pero aquel jefe no avanzó oportunamente, y esto fué causa de que la guarnicion del fuerte Lafayette, de cuya custodia estaba encargado el coronel Webster, tuviera tiempo para prepararse á la defensa. Wayne hizo jugar la artillería de Stony Point contra los buques ingleses, obligándoles á que se pusieran fuera del alcance de los cañones, y tambien mandó romper el fuego contra Verplanck's Point, mas la distancia era tan grande, que las balas no causaron apenas daño en las obras. Perdida la oportunidad de asaltar el fuerte Lafayette, cambiósese el plan de operaciones; el destacamento de M' Dougall fué confiado al general Howe y se le dió orden para que marchara con algunas piezas de artillería para batir en brecha las fortificaciones, pero antes de que este jefe hubiera podido romper el fuego contra la plaza juzgó oportuno retirarse.

Al saber Clinton lo que acababa de suceder desistió inmediatamente de su proyecto contra Nueva-Lóndres y la costa de Connecticut; hizo venir sus transportes desde Sound;

(*) *Diario Militar* de Thacher, págs. 176-178.

movió su ejército en dirección á Dobb's Ferry; destacó un cuerpo de tropas para que fueran en auxilio del coronel Webster, y poco despues se puso él mismo en marcha con fuerzas considerables en la esperanza de que Washington abandonaria sus fuertes posiciones y arriesgaria una batalla para disputarle la posesion de Stony Point. Pero habiendo fracasado la empresa contra el fuerte Lafayette, era ya muy poco importante apoderarse de aquel último punto, y por esta razon, despues de destruidas las fortificaciones, los americanos evacuaron dicha plaza. Entonces los ingleses se posesionaron inmediatamente de Stony Point; renováronse las fortificaciones, se puso una fuerte guarnicion, y viendo Clinton que no era fácil desalojar á Washington de Highlands, volvió inmediatamente á Nueva-York.

Un destacamento inglés procedente de Halifax, mandado por el coronel Maclean, intentó en el mes de junio establecer un puesto militar en Penobscot, en la parte oriental de Massachusetts, lo cual dió lugar á que el pueblo de Boston proyectara una expedicion contra los invasores. Al efecto reunióse un considerable número de buques, llevando á bordo tres ó cuatro mil hombres de milicia á las órdenes del general Lovell, y el 25 de julio apareció en Penobscot-Bay la flota americana, pero tanto por la posicion de algunos bergantines de guerra ingleses como por la escabrosidad de la costa, las tropas no pudieron desembarcar hasta el 28. Entretanto Maclean procedió con tal actividad que bien pronto tuvo preparadas sus fortificaciones y obras de defensa, mientras que Lovell levantaba una batería á ciento cincuenta varas de distancia de aquellas. Por espacio de quince dias estuvieron cañoneándose ingleses y americanos, y estos últimos solo es-

peraban refuerzos para dar el asalto, cuando habiendo sabido Lovell que Sir Jorge Collyer acababa de penetrar en la habia llevando considerables refuerzos, mandó á sus tropas se embarcasen silenciosamente durante la noche, y pudo retirarse sin que lo notara la guarnicion que ya esperaba el asalto.

Al acercarse la flota inglesa, los americanos, despues de aparentar que iban á resistirse, emprendieron la fuga, pero entonces los ingleses comenzaron á perseguirlos con tal insistencia y buena suerte, que el *Warren*, hermosa fragata de treinta y dos cañones, y otros catorce buques menores fueron apresados ó echados á pique. Los transportes huyeron en la mayor confusion y las tropas que iban en ellos los quemaron despues de desembarcar en una playa desierta. Los pobres fugitivos, que carecian de provisiones, tuvieron que recorrer lo menos cien millas á través de inmensos desiertos y muchos de ellos perecieron antes de llegar á su pais. Despues de obtener tan señalada victoria Sir Jorge Collyer se hizo á la vela para Nueva-York, donde resignó el mando de la flota en el almirante Arbuthnot que acababa de llegar de Inglaterra con algunos buques, provisiones y refuerzos para el ejército.

En revancha de la última derrota sufrida por los americanos, el Mayor Enrique Lee llevó á cabo un brillante hecho de armas, sorprendiendo el puesto militar de los ingleses, situado en Paulus Hook, enteramente á la vista de la guarnicion de Nueva-York. Washington favoreció el proyecto y Lee, ansioso de gloria, lo puso en ejecucion sin mas fuerza que trescientos hombres, que poniéndose en marcha el 18 de agosto, se apoderaron luego del puesto militar, aprovechando la oscuridad de la noche, y cogieron ciento sesenta prisioneros incluso varios oficiales. Lee no quiso detenerse para destruir

las barracas ni la artillería, y una vez conseguido su objeto, se retiró con su gente sin pérdida de tiempo. Washington elogió en alto grado el valor y arrojo de Lee y sus compañeros, y el Congreso dispuso que se le recompensara con una medalla de oro.

Al referir los acontecimientos de la guerra donde solo se ven escenas de sangre y de horror, rara vez encontrarán los lectores de la historia algun detalle ameno de la vida de esos hombres cuyos nombres y hechos de armas llegan á ser conocidos de todo el mundo, y por esta misma razon nos alegramos tener la oportunidad de reproducir una carta que dirigió Washington al Dr. Juan Cochran, cirujano general del ejército, en la cual el grave y digno comandante en jefe demostró que no le disgustaba un poco de agradable broma aun en medio de los importantes y trascendentales asuntos que distraian toda su atencion. Esta carta **1779.** está fechada en West Point en 16 de agosto y su contenido es como sigue:

« Querido Doctor: deseo invitar á comer mañana conmigo á Mrs. Cochran y Mrs. Livingston; ¿no estará acaso suficientemente autorizado para comunicarles tan fausta noticia? Inútil me parece deciros que mi mesa es bastante grande para admitir á las señoras, y de ello tuvieron una prueba ayer mismo. Deciros lo que en mi casa se come es una cosa muy esencial y este será el asunto de mi carta.

» Desde nuestra llegada á esta hermosa tierra siempre hemos tenido un jamon á un extremo de la mesa, un gran pedazo de rosbef al otro y una fuente de habas ó guisantes casi imperceptibles en el centro. Cuando al cocinero se le pone en la cabeza lucirse, lo cual presumo que sucederá mañana, nos presenta dos pasteles de carne ó dos fuentes de cangrejos colocadas una á cada lado del

plato principal que divide la mesa. Ultimamente nuestro buen hombre ha tenido la admirable sagacidad de descubrir que con las manzanas se hacen buenos pasteles, y la cuestion es ahora saber si en la violencia de sus esfuerzos, nos dará uno de aquellos en vez de dos de carne. Si las señoras se dan por contentas con tales manjares, que se comerán, no en platos de estaño como otras veces, sino de hierro, me alegraré mucho se dignen acompañarme.»

La conducta observada por el Congreso con los indios desde el principio de la lucha con la madre patria fué seguramente muy oportuna y liberal, pues se trató de persuadirles á que permaneciesen neutrales, y por algun tiempo se esperó que los horrores de una guerra salvaje no irian á ensangrentar mas la terrible lucha que emprendia el pueblo en defensa de sus libertades; pero bien pronto desapareció hasta la última esperanza de conseguir este fin. La influencia de los ingleses y sus brillantes promesas ofrecian demasiado incentivo á los indios para resistirse, tanto mas, cuanto que en vez de permanecer ociosos, proporcionábaseles el medio de tomar parte en el pillaje y en el saqueo en beneficio propio. Ya hemos referido en otras páginas de esta historia las numerosas atrocidades cometidas por los indios y los Tories, especialmente en las fronteras, y ahora añadiremos que reprimir sus desmanes imponiéndoles el castigo que merecieran por sus delitos, fué la primera cosa en que resolvió ocuparse Washington.

Los hijos de las Seis Naciones, á escepcion de algunos Oneidas, se habian pronunciado en favor de los Tories para tomar parte en las crueldades cometidas en Wyoming, y Washington, que conocia á los indios perfectamente, resolvió darles la única leccion que podian sentir y no olvidar. Al efecto